

vesando la ciudad de Blaye, en la que se le habia preparado una entrada magnífica. Su marcha por el mediodia fué un triunfo.

Las poblaciones meridionales hicieron suceder su entusiasmo ardiente y espresivo, al entusiasmo mas grave y mas severo de la Vendée. La espresion del amor cambiaba, pero el amor era el mismo. Burdeos recibió con aclamaciones á la madre del príncipe que llevaba el nombre de esta grande y poderosa ciudad. La princesa recorrió todos los lugares inmediatos, y desplegando una actividad extraordinaria y un valor varonil, hizo muchas escursiones á los pirineos, tan fatigosas como arriesgadas, y en una de ellas llegó á la cima del Viqueval, el pico mas elevado de estas montañas. Entre estas correrías Maria Carolina hizo un peregrinaje á Pau para visitar el castillo en que nació Enrique IV. Los Borbones reproducian siempre aquel gran nombre y aquel gran recuerdo, que para ellos y para la Francia era todo un símbolo.

En fin, hácia últimos del mes de setiembre *Madama* debió pensar en su regreso. Despues de haber atravesado una gran parte del reino, entró el 1.º de octubre en París, casi en la misma época en que Carlos X volvia de su real viage á las provincias del Este, embriagado de los homenajes que habia recibido de todas aquellas poblaciones, agolpadas á su tránsito, y persuadido de que los obstáculos que se amontonaban contra su dinastía no eran mas que nubes que un viento favorable arrojaria bien pronto de la atmósfera.

LIBRO OCTAVO.

Circunstancias en las que interviene el ministerio de 8 de agosto.—Temores de la corona y de la clase media.—Inminencia de una crisis.—La duquesa de Berry, á su regreso á París, vuelve á sus antiguas costumbres.—Empleo ordinario de su tiempo.—Una jornada de *Madama*.—Sus audiencias.—Su definicion de la verdad.—El presupuesto ordinario y extraordinario de los pobres.—Las peticiones.—Algunos rasgos de beneficencia.—*Madama* toma prestado de su contralor general para subvenir á las necesidades de los indigentes.—Empleo de las rentas de la princesa.—Su modo de pensar sobre los deberes de los príncipes.—Sus rentas y sus gastos.—Economía doméstica.—Orden y regularidad.—Magnificencia de *Madama*.—Anécdotas.—M. el duque de Chartres es el alma de estas fiestas.—Intimidación siempre en aumento de las dos ramas.—Negocio del testamento del príncipe de Condé.—*Madama* contribuye á decidir al duque de Borbon á nombrar por su heredero al duque de Anjou.—Los Orleans son tan buenos...!—Los Borbones de Nápoles atraviesan la Francia dirigiéndose á España.—Entrevista de la duquesa de Berry con su padre.—Sus palabras á la nueva reina de España, su hermana.—El rey de Nápoles en París.—Fiesta en Rosny.—Fiesta en el palacio real.—Magnificencia de aquella noche.—Palabras de Carlos X.—Fisonomía del baile.—Comocion del jardin.—Ultimos tiempos del ministerio de M. de Polignac.—Desenlace de la situacion que remontaba á M. Decazes.—Las ordenanzas no son la causa de la revolucion de julio, no son mas que su ocasion.

Tocamos á la catástrofe que precipitó la casa de Borbon á tierra estrangera, y la Francia á las pruebas de una revolucion. La corona desapareciendo rodeada del esplendor de una victoria reciente, el trono arrojado del suelo por una tempestad que las pasiones prepa-

raban despues de quince años, y que sopló sobre la capital durante tres dias; la casa de Borbon volviendo á recorrer sus destierros; tales son los graves acontecimientos que van á herir á *Madama* la duquesa de Berry en sus mas caros afectos, y abrir delante de ella una nueva carrera, en que se la verá marchar á nuevos destinos.

El rey Carlos X, y S. A. R. *Madama*, nada habian visto en su viage al través de la Francia, que pudiese alarmar su prevision, y justificar las siniestras profecías que comenzaban á mostrar un sombrío porvenir. Habian vuelto llenos de esperanzas, y parecia que las aclamaciones que habian acogido su tránsito fuesen promesas y no amenazas. Pero bajo estas apariencias, fermentaba una situacion llena de peligros. Detrás de la oposicion parlamentaria, se ocultaba una conspiracion. Cada dia se agravaba la crisis por las desconfianzas que esta conspiracion inspiraba al poder, que no hacia la distincion, bastante difícil, sin embargo, en aquella época de hipocresía política, entre los que combatian las medidas ministeriales, y los que querian derribar la dinastía. Todas las precauciones que la corona queria tomar para ponerse á cubierto del partido revolucionario, se hacian un obstáculo para la clase media, que temia el aniquilamiento de sus derechos políticos; y la oposicion ardiente de la clase media se hacia á su vez un obstáculo para la autoridad real, que, ensanchando el círculo de sus adversarios, principiaba á ver por todas partes enemigos. Los hombres que habian manejado los negocios durante la primera revolucion y el imperio, y que querian que la casa de Borbon permaneciese siempre á merced suya, contemplaban con alegría los progresos de unas ideas que ellos habian promovido. Les convenia que la autoridad real

permaneciese siempre en estado de tutela. Si hubiese sido fuerte, habria podido sacudir su proteccion; débil, debia implorar su yugo. Ellos, pues, redoblaban las inquietudes públicas; y como sucede siempre en semejantes circunstancias, cada uno de los dos partidos tomaba por amenazas los temores de la parte adversa, ponfense de uno y otro lado, sobre la defensiva; se armaban para evitar la guerra, medio el mas seguro de todos para traerla.

En estas circunstancias, fué cuando el rey creyó deber llamar á los negocios el ministerio de 8 de agosto. En el pensamiento real, este ministerio era un ministerio de defensiva; pero era imposible que no pasase por un ministerio de ofensiva en el espíritu de la clase ciudadana. Desde entonces se hizo probable una crisis, y la conviccion en que estaba cada uno de que debia estallar un desastre, hizo este conflicto mas inminente.

La duquesa de Berry, despues de su regreso, habia vuelto á entrar en el círculo ordinario de sus costumbres. Estas se habian hecho para ella una regla, y cada hora del dia tenia su empleo. Cuando *Madama* llegó á Francia, se levantaba muy tarde. Monseñor el duque de Berry, que encontraba los dias menos largos para los príncipes que para los demas hombres, se mostró contrario á este uso, y desde aquel instante la princesa no quiso permanecer en la cama mas que seis horas, lo mismo en invierno que en estío. Luego que *Madama* se habia levantado, pedia sus hijos, que recibian durante una media hora sus instrucciones maternas, y con los que se complacia en empenar aquellas dulces y familiares conversaciones, las mas sencillas y la mejor de todas las educaciones. Al separarse de ellos, oia misa en su oratorio, y despues se desayunaba. En seguida se efectua-

ban los paseos, que siempre tenían un objeto útil. En tanto la princesa llevaba consuelos y socorros á los hospitales; en tanto visitaba los grandes establecimientos industriales, para los cuales su presencia era siempre un estímulo. Estos paseos duraban de ordinario hasta la una: al retirarse, *Madama* presidia la educacion de las dos hijas de monseñor el duque de Berry: este sagrado legado habia sido recomendado á su ternura por el príncipe moribundo, y S. A. R. llenó con una religiosa exactitud la obligacion que se habia impuesto, hasta el día de su matrimonio. El resto de la mañana estaba consagrado á las audiencias. *Madama* recibia sin distincion á todos los que tenían peticiones que hacerla, ó reclamaciones que presentarla: aunque estos recibimientos durasen algunas veces hasta la comida, *Madama* no encontraba jamás este tiempo perdido. Diciéndola un día que debia estar muy fatigada; «Nada de eso, respondió; durante todo ese tiempo se me dice la verdad, y en mi cualidad de princesa, yo esperimento tanto placer en oirla, como las gentes del mundo en leer novelas.»

La misma regularidad se encontraba en la administracion de la casa de *Madama*. Los pobres tenían en ella un presupuesto ordinario y extraordinario. La décima de su renta estaba desde luego destinada de antemano á socorrer los desgraciados, y se depositaba por meses en la caja de su primer limosnero: este era el diezmo de la indigencia. La distribucion estaba hecha con inteligencia y sagacidad; S. A. R. presidia á ella por sí misma. Un ayuda de cámara la entregaba todas las noches las súplicas y peticiones de socorros del día, que ella clasificaba por su mano, por orden alfabético, y enlegajaba numerándolas. Cualquiera que fuese la hora en que *Madama* se retirase, jamás esta ocupacion se remitió al día siguiente. El se-

cretario particular hacia en seguida el escrutinio de estas peticiones, y presentaba á la princesa un corto análisis de ellas. S. A. escribia al márgen lo que quería dár; mas á fin de no prodigar á indiscretos peticionarios el dinero que consideraba como patrimonio de los verdaderos indigentes, hacia tomar sobre los diversos pretendientes, informes, de los cuales tenia nota en un registro aparte. Cuando el mismo nombre volvía á aparecer con frecuencia, *Madama* consultaba sus notas para desechar las peticiones que se renovaban mas amenudo que las necesidades, y para dar, segun su espresion, á los mas urgentes. Así se vé que era casi todo un gobierno en la casa de *Madama*, la administracion de la caridad.

Acaba de decirse lo que era el presupuesto ordinario de los pobres; es necesario decir ahora cuál era el extraordinario: Además de la décima de su renta, la princesa abria tambien su bolsillo particular, á aquellas indigencias, tanto mas respetables, porque tienen el noble y altivo pudor de la miseria honrada, que espera el beneficio en lugar de ir á buscarle. Tambien era su bolsillo particular, el que subvenia á aquellas necesidades urgentes, que encontraban siempre pronta la beneficencia de *Madama*, pero que sorprendian alguna vez su caja desprovista. Acaeció en mas de una ocasion á la princesa, tener que recurrir á empréstitos. Una de estas fué, que una pobre muger acababa de parir tres criaturas, y no habiendo contado con este lujo de maternidad, estaba muy embarazada con su ventura, ó mas bien con sus tres venturitas, para las cuales era necesario buscar tres nodrizas, tres envolturas, y tres cunas. La pobre madre no sabia qué partido tomar; la princesa estaba casi tan confusa como ella: era fin de mes, la caja de su primer limosnero estaba vacía, el bolsillo particular

de *Madama* estaba igualmente agotado. «Prestadme dinero, dijo en fin S. A. R., al contralor general de su casa (1), yo os reintegraré de mi bolsillo particular; estoy segura de que me prestareis, ¿y quién podría no hacerlo para socorrer á una desgraciada?»

Madama la duquesa de Berry tenia por principio, que los príncipes deben ser como el sol, que no chupa el agua de los ríos, sino para volverla en rocío y en lluvia. Consideraba su lista civil como el bien de todos administrado por su mano. Las artes y la industria participaban de ella con los pobres. Nunca dejaba de concurrir á todos los almacenes y á todas las exposiciones para comprar lo que ofrecian de mas notable. De estos objetos, unos los conservaba, y otros regalaba á su familia de Nápoles, de Viena ó de Madrid, y sus cartas recomendaban vivamente en las capitales extranjeras todo lo que se presentaba en Francia de útil ó de bello. Asi era, bajo todos aspectos, la providencia de las artes, de la industria y del comercio.

La dotacion de la princesa era de un millon y quinientos mil francos; su dote de cien mil francos de rentas de Nápoles; su posesion de Rosny producía un año con otro ciento treinta mil francos: total 1.730000 francos.

Cuando se piensa en las limosnas de *Madama* y en su magnificencia, no es fácil concebir como no ha podido llevar el importe de sus gastos á mucho mas que el de sus rentas. Asi algunas personas mal instruidas la acusaban de contraer deudas; pero cuan-

(1) M. Nichols, que desempeñaba sus funciones con tanto celo como integridad, mereció que cuando se presentó en Holy Rood á dar sus cuentas á *Madama*, esta princesa le regalase su retrato.

do llegó el dia de las revelaciones de julio, se supo que *Madama* no debía á los proveedores mas que el mes corriente, y antes de cuatro meses estaba hecha su liquidacion.

Esto se debía á que no habia en Francia una casa particular en que reinase mas orden que en la de S. A. R. Cada gefe del servicio, *Madama* la duquesa de Reggio, la vizcondesa de Gontaut, el vizconde de Brisac, el conde de Mesnard, presentaba su presupuesto y arreglaba de antemano los gastos con *Madama*. Este presupuesto era pagado por meses, y *Madama* exigia que se le presentasen antes del 15 del mes siguiente las memorias solventadas del mes concluido.

De este modo, estraña á la política, la Duquesa de Berry encerraba su influencia por de pronto en el dominio de la caridad, en seguida en el de la elegancia y el gusto.

Daba frecuentemente algunos bailes de aquellos que, recordando por sus trages las diferentes épocas y personajes de nuestra historia, hacian intervenir las bellas artes en los placeres. En una de estas fiestas fué en la que un empleado subalterno de la casa de Carlos X, habiendo acompañado al rey al cuarto de *Madama*, se tomó la libertad, sin haber recibido billete de convite, de ponerse á bailar delante de la princesa. Esta imprudencia fué observada, y el joven indiscreto expulsado del baile. *Madama*, que no habia podido oponerse á este acto de severidad, entreoyó que una destitucion podria muy bien castigar al que acababa de retirarse, por la licencia que se habia tomado. Al dia siguiente, antes de las siete, se encaminó al cuarto del rey, é intercedió con calor en favor del empleado. «Ya ayer recibió su castigo, dijo, y no parece regular quitarle hoy su subsisten-

cia por una ligereza bien escusable.» La bondad de *Madama* persuadió fácilmente á la indulgencia del rey.

El duque de Chartres, que ya no era un niño, era el alma de estas reuniones y de estas fiestas, y se mostraba mas asiduo que nunca en los salones de la Duquesa de Berry y al lado de *Mademoiselle*.

La idea de un matrimonio que reuniria aun mas estrechamente las dos ramas de la casa de Borbon, se alimentaba cada dia con mas complacencia de las dos familias y principiaba á acreditarse en el público.

La Duquesa de Berry daba incesantemente á la rama menor nuevas pruebas de aquel afecto cuyos testimonios eran ya tan numerosos. Presentóse en aquella época una ocasion importante, en que sirvió los intereses del Palacio real, con un calor y un celo que escitó en el mas alto grado al reconocimiento del duque de Orleans.

La casa de Condé tocaba al momento de extinguirse. Napoleon, que por un castigo de la Providencia, acaso, no debia dejar mas que un hijo destinado á una muerte prematura, habia anonadado las esperanzas de aquella ilustre raza en los fosos de Vincennes. La inmensa sucesion de los Condé aparecia, pues, como una rica presa para quien supiese lograrla. El duque de Orleans que habia llevado siempre al grado mas elevado el genio de la propiedad y el espíritu de familia, pensó desde luego en fijar esta herencia en la cabeza de uno de sus hijos. La obra era difícil; el duque de Borbon habia conservado siempre las prevenciones poco favorables que su noble y leal padre, el príncipe de Condé, habia manifestado hácia los Orleans. Estas dos ramas menores de la casa real, habian observado, como es sabido, una conducta absolutamente opuesta en la revolucion francesa. El príncipe de Condé, despte-

gando la bandera blanca sobre el Rhin, y llamando los realistas á defender y libertar al rey; y el príncipe Luis José de Orleans Igualdad pronunciando en el proceso de Luis XVI un voto regicida, habian sido los dos polos de la política. Asi pues, las relaciones entre el Palacio real y el palacio Borbon eran escesivamente raras, y nada tenían de íntimas ni de afectuosas. Lejos de pensar en legar sus bienes á la familia de Orleans, el duque de Borbon, que queria desde luego dejarlos al duque de Burdeos y á *Mademoiselle*, habria estado mas dispuesto á transmitirlos, en virtud de la negativa de *Madama*, á uno de los Borbones de Italia, hermano de esta princesa; viniendo á establecerse en Francia el príncipe de que hablamos, habria sido un apoyo natural para su real sobrino el duque de Burdeos.

Tantos obstáculos habrian desalentado á un negociador menos esperto y valeroso que el duque de Orleans. La dificultad era demasiado grande para arrosstrarla cara á cara; así, se valió de un rodeo. La baronesa de Feucheres, que lo debia todo á la bondad del duque de Borbon, ejercia en aquella época una grande influencia en su casa. El duque de Orleans la hizo entender los servicios que podria prestarle en este importante negocio, prometiendo por su parte que no tendria motivo para arrepentirse de su celo y adhesion por los intereses del palacio real. Este compromiso fué estipulado de un modo absolutamente diplomático.

Si el duque de Orleans pedía para uno de sus hijos los bienes de la casa de Condé, *madama de Feucheres* alimentaba otra ambicion. Nacida en una clase oscura, daba una grande importancia á conseguir el único honor que la faltaba en la elevada esfera en que la habia colocado la proteccion del príncipe: deseaba

vivamente ser presentada en la corte. En su consecuencia, puso por condicion espresa en su alianza ofensiva y defensiva con el duque de Orleans, en la guerra de sucesion que iba á empeñarse, que éste se obligaria formalmente á negociar y obtener su presentacion en palacio.

El duque de Orleans, que habia hecho concebir á madama de Feucheres una esperanza de esta gracia señalada, recibíendola con una política llena de atenciones, y decidiendo á la duquesa de Orleans á recibirla, contrajo el empeño que se le imponia. Desde entonces madama de Feucheres entró en campaña y maniobró con tanto vigor y constancia, que antes de tres meses el duque de Borbon se creyó vencido. Queriendo evadirse de aquellos asaltos á cada instante renovados, que turbaban su reposo, y comprometian la tranquilidad de sus últimos dias; el desgraciado príncipe escribió al duque de Orleans, pidiéndole su proteccion contra su formidable aliada, y suplicándole invitase á madama de Feucheres á poner término á unas persecuciones ya sin objeto, puesto que él se rendia y consentia en hacer su testamento en favor del pequeño duque de Aumale, que se designaba á su benevolencia con una vivísima obstinacion.

Madama de Feucheres habia cumplido su promesa; faltaba que el duque de Orleans ejecutase la suya; é importaba hacerlo sin dilacion, porque lo que la baronesa habia hecho, podia deshacerlo, y era justo y prudente á la vez el contentarla. Pero el cumplimiento del empeño tomado con respecto á ella no era cosa fácil. Habia muy poca disposicion en las Tullerías á recibir á la baronesa de Feucheres, y la primera vez que la duquesa de Orleans habló de esta dama á madama la Delfina, la princesa dijo con una admiracion mezclada de severidad: «Qué! habeis visto á esa

muger!» La duquesa de Orleans respondió: «Qué quereis? Soy madre, tengo una familia numerosa, y debo pensar ante todo, en el bien de mis hijos.»

Desde aquel momento, la duquesa de Berry, que con su acostumbrada benevolencia, habia insistido con el duque de Borbon para que hiciese su última disposicion en favor del duque de Aumale, recibió á la baronesa de Feucheres. La Delfina misma se dejó ablandar, y el rey Carlos X, que solicitado por *Madama*, habia ya hecho saber que veria con placer pasar los bienes de los Condé á uno de los hijos del jefe de la rama menor, se prestó con una perfecta bondad, á hacer lo que toda la familia real le pedia en favor del primer príncipe de la sangre.

Cuando este negocio, tan importante para el Palacio Real, se hubo concluido, la duquesa de Berry tomando parte en la dicha que debian experimentar sus tios, exclamó con alegria; «Ah! tanto mejor! Estos Orleans son tan buenos!»

Casi en esta época, fué cuando los Borbones de Nápoles atravesaron la Francia para conducir á España la princesa Cristina, que debia casarse con Fernando VII. La duquesa de Berry, feliz en volver á ver á su familia despues de una ausencia tan larga, obtuvo del rey Carlos X el permiso de ir á recibirla en las provincias meridionales, por las cuales debia pasar. Esta entrevista tuvo alguna cosa de solemne é interesante. El padre de S. A. R. habia enviado su hija á Francia, cuando apenas salia de la niñez, tímida y como medrosa en medio de aquella multitud que se agolpaba á verla, ahora encontraba en ella una jóven llena de gracias; una princesa que habia mostrado, en dos grandes circunstancias, una firmeza de carácter y un valor que la Francia y la Europa habian admirado; la madre del heredero del tro-

no, que colocada entre un recuerdo de futo, y una esperanza nacional, se presentaba sin temor ante aquellas poblaciones que la amaban, por lo que les habia dado, y por lo que habia sufrido.

En esta real reunion, todos los corazones rebosaban de gozo. Los Borbones de Nápoles se felicitaban de volver á ver la Francia, este gran pais de sus predecesores, y se regocijaban del amor que rodeaba en este hermoso reino á su amada hija. Todo parecia sonreírles: al pasar los Pirineos, se decian que todas las comarcas que dejaban á su espalda, estarian un día colocadas bajo el cetro de su nieto, y que todas las que se estendian al otro lado de aquellas montañas, que desde Luis XIV no son ya una frontera, iban á tener por reina á la hija que los acompañaba.

El aspecto de la Francia llamó vivamente la atencion de la princesa Cristina, que no se cansaba de espresar la admiracion que la inspiraba el magnifico pais que atravesaba. No manifestaba gran impaciencia por atravesar los Pirineos, aun cuando al otro lado de ellos la esperase un trono: la Francia que veía por primera vez, la habia hecho olvidar todo. Entonces fué cuando la duquesa de Berry le dirigió estas palabras. «Ahl hermana mia, no la mirés mucho, porque no podrás dejarla!»

El rey de Nápoles se habia comprometido á venir á visitar al rey de Francia en París al repasar los Pirineos. Madama la duquesa de Berry no pudo esta vez, á causa del estado de su salud, ir al encuentro de su padre hasta la frontera; pero le recibió en Chambord, y le hizo los honores del castillo en nombre de su hijo. El 12 de mayo se efectuó la primera entrevista de los dos monarcas. Madama presentó sus hijos á sus parientes de Nápoles, con una

alegría y un orgullo maternal que siempre experimentaba cuando hablaba de su hijo ó de su hija.

El viage de los Borbones de Italia á Francia, fué la señal de las fiestas. La mas notable fué la de Rosny, que se distinguió de todas las demas por la elegancia y la gracia. El duque de Orleans, como tan allegado á los Borbones de Italia, quiso tambien celebrar su llegada á Francia, y se preparó todo en el Palacio Real para una funcion cuya magnificencia debia dejar un largo recuerdo.

Las familias reales de Francia y de las Dos Sicilias estaban convidadas á ella; dos reyes, los príncipes, las princesas, lo mas distinguido del ejército, las notabilidades de la tribuna, el ministerio y la oposicion, la izquierda, la derecha, los centros se oprimian en los bastos salones del duque de Orleans. Los terrados cubiertos de naranjos y de flores de toda especie, parecian contiuar los salones en jardines-pensiles: la iluminacion estaba dispuesta de un modo tan maravilloso, que hacia parecer de lejos el Palacio Real, un palacio encantado.

A las nueve de la noche el rey de Francia, el rey y la reina de Nápoles, el Delfin y su esposa, la Duquesa de Berry, y el príncipe de Salerno, llegaron al Palacio Real, en el que fueron recibidos al pié de la escalera principal por el duque de Orleans y sus dos hijos los duques de Chartres y de Nemours.

La reunion era magnífica: todo respiraba alegría; y, en medio de aquella atmósfera de luz, de flores y de armonías, el anciano monarca dirigió su pensamiento á su flota, que en el mismo instante atravesaba los mares para ir á conquistar un reino. Adelantóse hácia una ventana, y levantando los ojos al cielo que se ostentaba sereno y en toda su pureza, «¡Se-

ñores, dijo, hé aquí un hermoso tiempo para mi flota de Argél; en este momento mi ejército debe tocar la costa de Africa.»

En tanto que el anciano rey pronunciaba estas palabras, habia en los bastos salones otras conversaciones y otros discursos. Se hablaba sobre las dificultades de la situacion; no se veia solucion pacífica al problema abrasador que consumia la sociedad. En medio de las risueñas cabezas que pasaban y repasaban, coronadas de flores, al compás de los armoniosos sonidos de la orquesta, se advertian de tiempo en tiempo semblantes graves y frentes arrugadas, que parecian como una mancha sobre aquella fiesta. Todos los actores del gran drama que se preparaba, estaban allí: los vencidos al lado de los vencedores; los acusados al lado de sus jueces, y el castillo de Ham se rozaba con el palacio de Luxembourg. En fin, no faltó quien dijo en el hueco de una ventana al que daba la funcion: «Estamos bailando sobre un volcán.»

Este contraste se encontraba en todas partes: en tanto que en lo interior de los salones se entregaban con seguridad al placer, hubo en los jardines una especie de conmocion. Arrancaron los arbustos, amontonaron las sillas y se las prendió fuego. Las llamas remontándose, hicieron creer un incendio, y el anciano rey en el momento en que hablaba de la gloria que iba á ilustrar sus armas, advirtió desde lo alto del terrado la conmocion popular que reinaba fuera; imágen palpable de lo que se preparaba!

Hubo, poco tiempo despues de aquella época, un síntoma que asustó todos los espíritus y no les permitió conservar ilusiones. Cuando llegó la noticia de la conquista de Argél, la poblacion permaneció fria y sin impulso alguno de entusiasmo. La oposicion habia hecho progresos tan grandes, que la victoria mis-

ma, tan bien recibida en Francia de ordinario, se hacia impopular por el solo hecho de tener su fecha bajo el ministerio de 8 de agosto. La esperanza de distraer los espíritus de las preocupaciones interiores, por medio de las glorias del exterior, habia, pues, desaparecido. Las pasiones políticas embebecidas en sus odios, ni aun oian el estampido del cañon que anunciaba nuestros triunfos. Los que hasta entonces habian persistido en creer en la posibilidad de una reconciliacion, comenzaron á desesperar de la fortuna de la casa de Borbon, y de la de Francia.

Cómo, en efecto, ejecutar esta reconciliacion, cuando por una parte, el poder tanto mas alarmado, cuanto sabia que se conspiraba contra él, viendo los mismos síntomas de resistencia en todos los votos, suponía que el mismo pensamiento de conspiracion animaba todos los corazones; cuando por otra, la oposicion, tanto mas temible porque estaba lejos de conspirar toda entera, se indignaba á la vista de un ministerio formado fuera de las condiciones de mayoría, y tomando las precauciones de la monarquía por amenazas, la llevaba ella misma por una oposicion sistemática, á salir de los límites del gobierno representativo?

La desgracia, la gran desgracia de aquel tiempo fue, que habia una conspiracion emboscada en la Carta. La corona, para llegar á esta conspiracion, creyó necesario abrir violentamente el santuario que la clase media consideraba como el paladion de sus derechos. Los decretos del 26 de julio fueron la expresion de esta situacion. El doble temor de la revolucion por los realistas, y de la vuelta del régimen aristocrático por la clase ciudadana, este doble temor que remontaba á la política imprudente y fatal de M. Decazes, produjo sus efectos. El nacimiento del

duque de Burdeos habia suspendido el resultado, mas no pudo impedirle. La atmósfera estaba cargada de odios, y era inevitable que estallase el trueno. Las revoluciones, á la manera de las tempestades, si turban la atmósfera tambien la purifican; y cuando las pasiones políticas han fermentado largo tiempo, cuando los partidos han llegado al punto de no poder oír ni atender; es necesario que la esperiencia venga á dar sus lecciones á los pueblos como á los príncipes; y si las revoluciones no por eso dejan de ser peligrosas, se hacen sin embargo necesarias.

En este estado estaban las cosas, cuando el ministerio formado por el príncipe de Polignac promulgó las ordenanzas. Ellas no fueron la causa de la revolucion de julio; fueron ocasion para ella. Pero tal era el estado de los negocios, que de un lado ó de otro, la ocasion hubiera venido siempre. La Francia se semejaba en aquella época á un barril de pólvora, sobre el cual se paseaban los partidos, agitando sus antorchas. Era inevitable que de una mano ó de otra cayese alguna chispa, que produjese la explosion.



LIBRO NOVENO.

La revolucion de julio. — Aspecto de París. — Causas de la insurreccion. — La equivocacion de la corona y de la clase ciudadana. — Conspiracion. — Crisis comercial. — Recuerdos de la invasion. — Calumnias. — La clase media no se mezcla sino débilmente en la insurreccion. — Aspecto de Saint Cloud. — La familia real engañada por relaciones inexactas. — El 29 de julio M. de Ragusa evacua la capital. — Consecuencias de esta falta. — Prueba de simpatia dada á *Madama*. — Sus escudos de armas respetados. — La duquesa suplica al rey la deje partir para París con su hijo. — Negativa de Carlos X. — Los negociadores concurren á Saint Cloud. — M. de Semouville. — M. d'Argout. — M. de Vitrolles. — Marcha rápida de los acontecimientos. — *Madama* distingue con un antejo la bandera tricolor sobre las Tullerías. — Estupor del palacio. — Inquietudes del duque de Burdeos. — Sus palabras. — La revolucion dueña de París. — M. d'Argout precursor de M. de Mortemart, embajador de Carlos X cerca de la reunion Laffitte. — M. de Mortemart no parece. — M. de Sussy presenta la revocacion de las ordenanzas en la cámara. — Malogro de esta gestion. — El nombre del duque de Orleans habia sido pronunciado. — Diálogo de Carlos X con M. de Conny relativo al duque de Orleans. — Actitud del duque de Orleans durante los tres dias. — Neuilly entra Saint-Cloud y París. — Mensaje de M. Laffitte al duque de Orleans. — A consecuencia de un último mensaje, el duque de Orleans llega á París. — Se le propone la tenencia general. — La acepta. — Abdicacion del rey Carlos y renuncia de Luis Antonio en favor de Enrique Dieu-donne. — Carta fechada en Rambouillet. — Explicaciones. — Conducta de la duquesa de Berry. — De Rambouillet aun, quiere venir á París. — El rey se lo prohíbe. — Larga lucha. — El coche de S. A. R. permanece puesto siete horas. — La princesa derrama lágrimas al dar la contraorden de la partida. — La última esperanza de la restauracion se desvanece. — M. de Lafayette y su determinacion. — El duque de Orleans en la casa de la ciudad. — Posicion critica. — La casa de la ciudad abdica